

ROCINANTE, CLAVILEÑO, BACIYELMO: PALABRA Y REALIDAD

INTRODUCCIÓN

Sólo en la novela tiene lugar
el intento de pensar los dos
términos de un modo orgánico,
estructural...¹

Julia Kristeva

Hemos querido comenzar nuestro trabajo con las palabras que sirven de epígrafe, ya que en ellas se recoge la intención reflexiva que proyectamos elaborar. Al examinar la creación de tres palabras, “Rocinante”, “Clavileño” y “baciyelmo”, trataremos de exponer varias cosas: 1) que no responden a un vacío artificial literario de Cervantes; 2) que no son simplemente permisibles en el juego verbal que se apoya en la locura de don Quijote; y 3) que hay un planteamiento problemático de visión de la realidad que se manifiesta por medio de las palabras. En la obra que nos ocupa (*Historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*) es de fundamental importancia la utilización que se hace de la palabra como vehículo de formación de nuevas realidades. A lo que deseamos apuntar es a la relación que se establece entre la palabra y la realidad, y que en Cervantes cobra marcada relevancia.² Veremos en la creación de esas nuevas palabras un asunto estrictamente nominalista apoyado en una construcción dialéctica del fenómeno que designa—la palabra—y el objeto—la realidad. Es el hecho de que la palabra, de que una palabra, pueda cobijar diversas realidades y la misma realidad pueda expresarse con diversas palabras.³ Esto último se cumple tanto a nivel de ficción como de la vida misma. En ambos planos el lenguaje es el factor capital e imprescindible. “La manera como la sociedad capta la realidad sigue estando

¹ Julia Kristeva. *El texto de la novela*, Barcelona: Lumen, 1974, p. 266.

² Erich Auerbach asevera que: “En la obra de Cervantes encontramos, pues, muy poca problemática y muy poca tragedia (...); todo el libro es, desde el comienzo hasta el fin, una obra humorística, en que la locura resulta risible al proyectarla sobre el fondo de una realidad bien fundada” en “La Dulcinea encantada” en *Mímesis: la realidad en la literatura* (México: Fondo de Cultura Económica, 1975), p. 32. Para nosotros, la realidad, los elementos que la sustentan, no son ideas fijas, hechos per se, inadmisibles de revalorización y cuestionamiento. Al estudiar las tres palabras veremos cómo sí hay una problemática de índole intransferible e insoslayable.

³ Bruno Frei. “Palabra y realidad” en *Cuadernos Americanos*: XXXI (1947), p. 11.

forjada lingüísticamente”⁴ o en palabras de Michel Foucault, “transformer la réalité en signe”.⁵ Y añadiríamos: transformar el signo en realidad.

Si nos detenemos a estudiar las tres palabras aludidas lo hacemos porque son, a nuestro entender, las más significativas, y las que hemos podido revisar con más detenimiento.⁶ Para efectos de desarrollo del trabajo veremos cada palabra por separado, y en el orden en que aparecen en el título.

Rocinante

Diríamos que la importancia de este vocablo reside en que con él se abre el proceso creador de la invención de nuevas palabras; y que es además la primera información que el narrador nos da a conocer de la intervención activa del personaje—de don Quijote en este caso—, que busca poseer y nombrar la realidad, al nombrar los objetos que en ella se encuentran.⁷ Sabemos que para el narrador el caballo de don Quijote era un “rocín flaco”⁸ (al inicio de la narración).

Pero para don Quijote, que está preparándose para lanzarse al mundo como caballero andante, el rocín, la palabra que designa al animal, no le va a satisfacer las necesidades de su nueva condición.⁹ Veamos el pasaje.

El narrador nos dice que a don Quijote su rocín “le pareció que ni Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban”. Don Quijote tiene una impresión de su animal que es resultado de su experiencia literaria sobrecargada por su voluntad de hacerse caballero andante. “Le pareció” borra lo de rocín, sabe ya que no lo es, mas ¿cómo llamarlo ahora que se ha operado ese cambio? De aquí que don Quijote se pase cuatro días en “imaginar qué nombre le pondría”. La tarea no es fácil. “Qué nombre” ponerle presupone un acto de creación, pero no de creación fortuita o caprichosa. Así es como don Quijote, “después de muchos

⁴ Brigitte Schliebren-Lange. *Iniciación a la sociolingüística*, (Madrid: Gredos, 1971), p. 17. Vid Eugenio Coseriu. *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje* (Madrid: Gredos, 1977), donde habla de la “historicidad del lenguaje”, p. 66; y también de Coseriu, *Teoría del lenguaje y lingüística general* (Madrid: Gredos, 1962), p. 291. Claudio Guillén ve en esto un asunto de “relationship between reality and the imagination” en *Literature as system* (Princeton: Princeton University Press, 1971), p. 310.

⁵ Michel Foucault. “Représenter” en *Les mots et les choses* (Paris: Gallimard, 1972), p. 61. Cesare Segre plantea la naturaleza de las diversas situaciones en *El Quijote* como una concerniente a las antinomias: “realidad y fantasía, verdad y mentira, tragedia y comedia, ironía y poesía” en “Construcciones rectilíneas y construcciones en espiral en el *Quijote*” en *Las estructuras y el tiempo* (Barcelona: Planeta, 1976), p. 208.

⁶ Hay varios cientos de palabras que son producto de la unión de dos palabras distintas.

⁷ No creemos que sea un asunto de la simple “insignificante realidad de las cosas” como señala José Ortega y Gasset en *Meditaciones del Quijote* (Madrid: Revista de Occidente, 1957), p. 182.

⁸ Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*, edición de Martín de Riquer (Barcelona: Juventud, 1968), p. 35. En adelante citaremos de esta edición.

⁹ Nos apoyamos en las siguientes palabras de F. Abad Nebot: “La lengua es un sistema ‘abierto’. Por ello cada hablante puede clasificar renovadoramente la realidad, resulta ser así, más que un sistema, un diasistema estructurado, lo que es suficiente para la intercomprensión” en *El signo literario* (Madrid: EDAF, 1977), p. 74. Ángel Rosenblat en *La lengua del Quijote* (Madrid: Gredos, 1971, apunta en Cervantes su “ideal de la lengua como una actividad vital de sus personajes y de él mismo”, p. 14 y 68.

nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin vino a llamarle Rocinante”. ¿Cuáles nombres creó antes de Rocinante? Esos no interesan en lo absoluto. Sí sabemos que trabajó bastante para dar con un nombre que estuviera acorde con la nueva realidad que él se trazaba. Y Rocinante era “nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo”. Veamos en detalle. Por segunda vez, el narrador nos hace saber que el personaje está ejerciendo una independencia de carácter y voluntad cuando nos dice lo de “a su parecer”. El personaje se presenta tratando de delimitar lo que hay en el exterior, y para eso se vale del lenguaje. Tiene la conciencia de que lo que ve en la realidad, de la forma en que hasta ese momento se designaba la misma ya no cumple con sus nuevas exigencias, y concluye, pues, que sobre él recae la tarea de buscar otras palabras que sí puedan encerrar esa nueva realidad.

El neologismo creado por don Quijote tiene su raíz en un sustantivo, ‘rocín’,¹⁰ y en el participio activo ‘ante’.¹¹ La explicación a la unión de ambas palabras: “...significativo de lo que había sido cuando fue rocín, (es decir, ya no lo es), antes de lo que era ahora, (cláusula aclarativa de carácter pleonástico; ya que queda nombrado como algo totalmente diferente), que era antes y primero de todos los rocines del mundo (esto es, que cuando fue rocín era el primero entre todos los rocines habidos)”. Distamos, pues, de la explicación que de esta frase hace, por ejemplo, Martín de Riquer cuando dice: “Es decir: antes fue rocín, y ahora era el primer rocín o ante-rocín de cuantos rocines existen”.¹² Claramente hay una contradicción. ¿cómo fue, y todavía es, rocín? Si don Quijote se encuentra en un

¹⁰ Joan Corominas dice de rocín que es “caballo malo” en *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* (Madrid: Gredos, 1966) p. 511. Clemencín anota en su edición al *Quijote*, de rocín “caballo flaco, de mala figura y poco valor” en *Índice las notas de D. Diego de Clemencín* en su edición de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (Madrid: 1883-39) preparado por Carlos F. Bradford (Madrid: Imprenta y fundición de Manuel Tello, 1885), p. 443-444.

¹¹ Para Corominas es preposición y equivale a “delante de”, “antes de”, *op. cit.*, p. 53. Para A. Rosenblat equivale a “sufijo participial” con valor adjetivo equivalente a “anterior” *op. cit.*, p. 168. Werner Bienhaber, *El español coloquial*. (Madrid: Gredos, 1963), dice que es “perífrasis afectiva de la negación p. 176. Para Leo Spitzer es “sufijo noble y literario” y añade “que era terminación participial desaparecida de las antiguas lenguas romances” en “Perspectivismo lingüístico en *El Quijote*” en *Lingüística e historia literaria*, (Madrid: Gredos, 1961), p. 148 y 149. Luis Andrés Murillo en su edición crítica ve “una transformación grotesco-humorística del personaje ecuestre, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, (Madrid: Castalia, 1978, T.I) p. 76, n. 27. Monserrat Odoñez Vila en “Rocinante y el asno: personajes cervantinos”, en *Razón y fábula*: no. 8 (1968), p. 59, se apoya en lo expuesto por Spitzer. Utilizamos, pues, lo dicho por A. Rosenblat. Ni Francisco Rodríguez Marín, ni Martín de Riquer en sus respectivas ediciones del *Quijote* hacen referencia explícita al neologismo.

¹² Martín de Riquer, *op. cit.*, p. 39, n. 13. L.A. Pérez dice: “se convierte en el primero de los rocines del mundo”. “El rocín que era antes sigue siendo el mismo rocín, aunque la palabra mágica lo haya cambiado aparentemente”, en “La magia verbal del *Quijote*”, *Anales Cervantinos* (1971), p. 204. Leo Spitzer ve “dos explicaciones a una misma palabra según la práctica general del Medioevo”, *op. cit.*, p. 148. No vemos que sean realmente dos explicaciones a una misma palabra, sino que por el contrario lo que se está haciendo es explicar con precisión. No hay, a nuestro modo de ver, cabida para la ambigüedad.

proceso de llamar a las cosas por el nombre que remita a un cambio, el cambio que él desea, en este caso el nuevo presente es superior al pasado, pero ese pasado a su vez fue grande en su momento histórico. De esta forma explicamos “y primero de todos los rocines del mundo”. No era dentro de su condición uno más entre todos, sino el que más sobresalía.

Que el rocín siga siendo tal para otros personajes dentro de la narración no tiene que connotar que don Quijote, por su parte, estuviese loco. Si atendemos a la ficción novelada, nos daremos cuenta de que el narrador en momento alguno señala que el nuevo nombre dado por don Quijote a su caballo constituyera una aberración o un dislate.¹³ ¿Cuál es entonces la objetividad del elemento: simplemente ‘rocín’ o ‘Rocinante’? Sostenemos que los dos. Será ‘rocín’ para aquellos que sólo vean en el animal uno más, y será ‘Rocinante’ para don Quijote y aquellos que comprendan el nuevo término. Un mismo objeto de la realidad se puede expresar con distintas palabras, pues está el hombre, el sujeto, circunscribiéndola a sus necesidades particulares. De aquí que no veamos en la creación del vocablo un tema de deformación de la realidad,¹⁴ de engaño del personaje¹⁵ ni de que Rocinante sea un símbolo de la realidad.¹⁶ La realidad, sus componentes, al ofrecer esta diversidad nominativa, tiende a señalar que el hombre busca y persigue precisarla mejor para conocerla en su multivalencia designativa, remitente a unas necesidades.¹⁷

Clavileño

Nos interesa el nombre de ‘Clavileño’ por la explicación etimológica que se da del mismo, y también porque en este caso es otro el personaje que interviene en la utilización de una nueva palabra. En el episodio en la casa de los duques, la

¹³ No debemos olvidar que antes de rocín, y de lo que esa palabra significa tenemos el término equino (del latín “*equus*”) que designa esa clase de animales cuadrúpedos. Existe además la palabra caballo bajo la cual caben todas las ‘clases’ de caballos. Ahora bien, qué sucede, que al tener distintas clases de caballos se hace preciso buscar palabras que designen a cada grupo, de modo tal que pudiéramos mejorar el elemento de la realidad que deseamos nominar. Si decimos caballos caben todos, pero si hablamos de ‘rocín’, ‘potro’, ‘percherón’, ‘corcel’, ‘alazán’, ‘trotón’, ‘jamelgo’, etc. estamos refiriéndonos a diferentes animales en sus rasgos físicos antes que genéricos. Queda expuesta la palabra como el medio que hace posible conocer la realidad en su particularidad, en sus cualidades, en la necesidad material de captar esa misma realidad.

¹⁴ Otis H. Green, “Realidad, voluntad y gracia en Cervantes” en *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario* (Barcelona: Ediciones Hispam, 1974), p. 122-123.

¹⁵ Alexander A. Parker, “El concepto de la verdad en el *Quijote*”, *RFE*: 32 (1948), dice: “Toda la verdad se construye sobre la base de la acción recíproca de la locura de Don Quijote por la cual se engaña a si mismo...”, p. 291. Américo Castro habla del “engaño a los ojos” en *El pensamiento de Cervantes* (Barcelona: Noguer, 1972), p. 82. Sancho dirá del caballo de Don Quijote, luego de oír alusiones a otros nombres de caballos famosos, “en su propio excede a todos los que se han nombrado”, p. 825.

¹⁶ K. Togeby, *La estructura del Quijote* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1977), p. 60.

¹⁷ Jean Cassou sostiene lo contrario a lo expuesto por nosotros cuando dice: “Debido a un curioso movimiento de boomerang la realidad resulta menos segura cuanto mejor conocida va siendo” en “An introduction to Cervantes” en *Cervantes across the centuries* (New York: Dryden Press, 1947), p. 38.

Dolorida, (también llamada: la condesa, la barbada condesa, la Trifaldi)¹⁸ a pedidos de Sancho que desea saber el nombre del caballo que vuela, le contesta que se llama “Clavileño el Alígero”, pues su “nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina...”. Leo Spitzer al estudiar este nombre señala que esa explicación etimológica que da la Dolorida sobre Clavileño no es correcta, ya que en la realidad no tiene esa definición.¹⁹ Si bien esto último puede ser cierto, no es menos cierto también el hecho de que una cosa es la “realidad histórica” y otra, muy distinta, la “realidad ficcionalizada”. Dentro de la novela cabe todo tipo de explicaciones, entren o no dentro de nuestra lógica. Recordemos que la narración, la ficción novelada, jamás responde fielmente a la realidad: son dos mundos radicalmente diferentes.²⁰ En palabras de Northrop Frye: “El poeta...depende, no de la verdad descriptiva, sino de la conformidad con sus palabras hipotéticas”.²¹ A tono con estas palabras vemos como la explicación que provee la Trifaldi para el nombre del caballo si está apoyada en una lógica que no resulta ni absurda ni divorciada de su referente.

(Ni Diego de Clemencín, ni Francisco Rodríguez Marín, así como Luis Andrés Murillo y Martín de Riquer, en sus respectivas ediciones del *Quijote* ofrecen una explicación o comentario en torno a ‘Clavileño’.)²²

Al igual que con Rocinante, en Clavileño se ha creado una nueva palabra al unir dos palabras corrientes. La primera parte procede de ‘clavija’ y la segunda de madera. El neologismo es en cierta forma más interesante que el de ‘Rocinante’. Hay un metaplasmo en ‘Clavi’, se ha formado por apócope. ‘Leño’ como sinónimo de madera. Si la nueva palabra se hubiese formado de la unión de ‘clavija’ y ‘madera’, habría, creemos, resultado en una creación pobre. ‘Clavileño’ remite también a que el caballo de madera con una clavija en la frente ha cambiado de condición. Esto es así, pues ha ocurrido un proceso de síntesis de la palabra, de

¹⁸ Es importante atender a esa polinomasia del nombre de un solo personaje. A pesar de que no es foco de nuestro estudio, sí entra dentro de nuestro planteamiento general: cómo una misma realidad se puede nombrar de diferentes maneras y serlas todas a la vez. Recordemos, también, a la mujer de Sancho: ‘Juana Gutiérrez’, ‘Mari Gutiérrez’, ‘Teresa Cascajo’, ‘Teresa Panza’, ‘Teresa Sancho’. Vid. Leo Spitzer, *op. cit.*, p. 140-142, y Angel Rosenblat, *op. cit.*, p. 197-199.

¹⁹ Leo Spitzer, *op. cit.*, p. 145-146.

²⁰ Si se dice que esa etimología no responde a la realidad y se trata de restarle importancia, nos preguntamos, entonces, cómo explicar, por ejemplo, el fenómeno del tiempo en la novela, o de que en la segunda parte de la novela se diga que anda impresa la vida de don Quijote. Creemos que hay que tener presente el nivel al que estamos refiriéndonos: la ficción.

²¹ Northrop Frye, *Anatomía de la crítica* (Caracas: Monte Ávila, 1977), p. 105.

²² También aquellos que han dedicado trabajos al episodio no han planteado o tomado en consideración la creación verbal y la explicación ofrecida. Así tenemos los casos de: Franklin O. Brantley, “Sancho’s ascent into the spheres” en *Hispania*: 53 (1970), p. 37-45. R.M. Flores, “Sancho’s fabrications” en *HR*: 38 (1970), p. 174-182. Joseph E. Gillet, “Clavileño: su fuente directa y sus orígenes primitivos” en *Anales Cervantinos* (1957), p. 251-255. Arturo Marraso, *Cervantes la invención del Quijote* (Buenos Aires: Hachette, 1954), p. 158-159 y 182-183. Ames Haven Garley, “Word-play in the *Don Quixote*” en *Revue Hispanique*: XL (1917), p. 575.

designar con tino el objeto que se nombra. No es lo mismo: caballo de madera con clavija en la frente, que 'Clavileño'. Se elimina toda definición casi gráfica, por una que resulte concisa. Y también apunta el caso a decir cómo aquello que tenemos en la realidad está en continuo estado de transformación verbal. Explicítase así, la función activa y vital de las palabras. Queda concretizado el fenómeno cuando don Quijote y Sancho suben a 'Clavileño' y creen estar volando por los cielos, no empece haya sido puro artificio lo de la travesía sideral. La importancia gravita, con rigor, en el factor de que don Quijote y Sancho no cuestionan el nombre que designa al objeto en el que emprendieron tal viaje, sino que lo aceptan: Lo hacen porque la explicación etimológica que le ofreció la Trifaldi les pareció veraz. Es a fuerza de convencimiento de los personajes que se ha forjado una nueva realidad a partir de la palabra.

Baciyelmo

En 'baciyelmo', en el proceso que se da hasta la aparición de la misma palabra por boca de Sancho, es donde mejor expuesta queda toda la trayectoria de la creación de un nuevo término que se ajuste a unas nuevas exigencias claves. Como veremos, los momentos que se van eslabonando hasta finalizar con la aparición del vocablo recorre gran porción de la primera parte de la novela, bajo diversas circunstancias. Será aquí donde se haga más palmaria la elaboración dialéctica del desarrollo de invención; invención que aparece elaborada en cuatro etapas.

La primera etapa es la que podríamos clasificar de los orígenes de 'baciyelmo' y que se remonta al primer capítulo de la novela. Don Quijote está aderezando sus armas, pero luego de limpiar las mismas se percata de la ausencia de "celada de encaje". Mas don Quijote, aguijonado por una imperiosa necesidad—la de apertrecharse completamente con todas las partes de la armadura—pone en acción su imaginación, ("industria", dice el narrador), y de cartones hace media celada, la cual une a un morrión de forma tal que le da la "apariencia de celada entera". Ahora bien, don Quijote para convencerse de cuán resistente era su objeto decide darle dos golpes con su espada; resultado: la celada se rompe al momento. Quiso poner a prueba lo que había hecho para cotejar cuánto de verdadera celada había en ella. Remedia su falta inmediata volviendo a hacer una nueva celada; esta vez fortalecida con barras de hierro por dentro. En esta ocasión no intenta poner a prueba su nueva invención. La experiencia previa le demostró que era débil y floja la que construyó primero, y si la segunda también era de cartón no obstante tener dentro barras de hierro, ya él esta convencido de que si intenta ponerla a prueba se romperá también. De manera que tenemos a don Quijote con un objeto, que si bien en lo inmediato le completa parte de su armadura, no es parte segura y protectora de la misma. Queda de cierta forma implícita una necesidad que el personaje siente debe suplir.

En la segunda etapa tenemos a don Quijote en el capítulo IX enfrentándose al vizcaíno. Del combate salen ambos mal heridos; don Quijote pierde "gran parte de la celada, con la mitad de la oreja". Luego en el capítulo X es cuando don Quijote

cae en cuenta de que su celada está rota, de modo que “pensó perder el juicio”. Inmediatamente entra en cólera y jura “tomar venganza del que tal desaguisado” le hizo. Sancho convence a su amo de que desista del juramento. Don Quijote se aviene a las palabras de su escudero, mas aclárale que piensa quitar “por fuerza otra celada tal y tan buena como ésta (la que se encuentra rota) a algún caballero”. Ya aquí cuando se hace mención de “algún caballero” da motivo para que don Quijote rememore lo leído, sacando a flote la comparación situacional con el ‘yelmo de Mambrino’. Hasta aquí lo que podríamos llamar la base de la futura invención de la palabra. Ambos momentos señalados tienen su razón de ser en unas necesidades con las que se va enfrentando el personaje. Nada está dado superficialmente. Es de notar cómo Sancho en el instante en que por primera vez su amo menciona la palabra ‘yelmo’ no le pregunta o contrareplica. La palabra simplemente escuchada no le remite a nada en particular; no hay discusión todavía.

La tercera etapa es la más compleja. En el capítulo XXI van amo y escudero por un camino cuando el primero descubre “un hombre a caballo que traía en la cabeza una cosa que **relumbraba** como si fuera de oro”. Estas palabras son referidas por el narrador. Don Quijote a continuación le dirá a Sancho: “si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes”. El juramento sostenemos hay que entenderlo como el hecho de suplir una necesidad que le resultaba acuciante. Si dice, “si no me engaño” es porque la duda se apoya en la distancia desde la que observa el objeto. Sancho no entiende aún a qué se refiere don Quijote, y éste vuelve a señalarle: “¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene, sobre un caballo rucio rodado, que trae en la cabeza un yelmo de oro?”. Sigue siendo ‘yelmo’ la palabra capital. Sancho, que por fin ha caído en cuenta, contéstale a don Quijote: “Lo que yo veo y columbro no es sino un hombre sobre un asno, pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra”. “Una cosa que relumbra” son las mismas palabras ya dichas por el narrador. Replica don Quijote: “Pues ése es el yelmo de Mambrino..., y quede por mío el yelmo que tanto he deseado”. Don Quijote no duda de lo que ve; además ha manifestado que desea el objeto, que le urge el mismo. Vemos cómo la circunstancia material y el acto de voluntad del personaje alcanzan su grado de exposición más claro y queda así confirmado el móvil que lo conducía a llamar “yelmo” al objeto que veía.

El narrador nos hace saber que quien venía era un barbero con una bacía. Ante el ataque de don Quijote, el barbero emprende la huida, y “dejóse la bacía en el suelo”.²³ Posteriormente, al final de la misma escena, el narrador, al relatar lo que hizo don Quijote, señala cómo éste: “Mandó a Sancho que alzase el yelmo, el cual

²³ A. Rosenblat llega a decir: “El barbero que ha perdido el yelmo de Mambrino”, y lo que obviamente deja abandonada es su bacía, *op. cit.*, p. 81. Richard L. Predmore observa lo siguiente: “el narrador nos informa bien pronto que el yelmo es bacía, y no hay ni un momento en que nadie, menos Don Quijote, crea que es otra cosa”. *El Mundo del Quijote* (Madrid: Insula, 1958), p. 79, y también de Predmore, “El problema de la realidad en el *Quijote*” en *NRFH*:7 (1953), p. 491. Como hemos demostrado el narrador no se parcializa, demuestra que el objeto se nombra de las dos formas. Alexander A. Parker señala “La bacía de barbero es

tomándola...". El narrador se objetiviza, trata a los personajes con independencia. Lo muestra a cabalidad por medio de la silepsis en el verbo enclítico "tomándola". Don Quijote pide a su escudero levante el yelmo, mas Sancho cogerá la bacía; y exclamará a continuación: "Por Dios que la bacía es buena". Se la da a don Quijote, éste se la pone en la cabeza y dice: "Sin duda que el pagano a cuya medida se forjó primero esta famosa celada debía tener grandísima cabeza". Lo de ponerse el objeto en la cabeza y luego llamarlo "celada" se emparenta con lo visto en el capítulo I y en el capítulo X. Sancho al oír "llamar a la bacía celada, no puede tener la risa". Pero cuando su amo le pregunta el motivo de la misma, Sancho dice: "Ríome de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño de este almete, que no semeja sino una bacía de barbero". La situación se ha complicado al Sancho pronunciar la palabra 'almete'. (Corominas dice que se deriva de yelmo.)²⁴ Don Quijote dice que alguien, desconociendo cuánto valía el yelmo, al verlo de oro fundió una parte "y de la otra mitad hizo ésta, que parece bacía de barbero, como tú dices". Para don Quijote cabe la posibilidad de que el objeto que para él es yelmo, para su escudero pueda ser al mismo tiempo bacía. Y añade, a manera de no dejar definitiva la salida nominal: "Pero, sea lo que fuere; que para mí que la conozco no hace al caso su transmutación...", pues me servirá "para defenderme de alguna pedrada".²⁵

Hasta aquí toda la discusión entre ambos personajes en torno al objeto. No queda resuelto que el mismo sea una cosa o la otra, sino que el objeto es a la vez eso que "relumbra", "bacía", "yelmo de oro", "yelmo de Mambrino", "celada", "almete", siempre de acuerdo a quien lo mire y de acuerdo a sus necesidades. El proceso, desde que se hace alusión por primera vez al objeto, ha sido tratar de buscar un nombre preciso en una práctica discursiva, y por otro lado, que quede revelado cómo es imposible delimitar el objeto a un solo nombre.²⁶ Añádase que en el caso de don Quijote, él ve una probidad en su yelmo: que le sirve de protección. Situación que queda ejemplarizada en el capítulo XXII cuando los

bacía de barbero; el encantador que la transforma en yelmo de Mambrino es el propio don Quijote", *op. cit.*, p. 290. Si bien estamos de acuerdo en que el transformador es don Quijote, no aceptamos el hecho de que sea por encantador. Sería decir que la acción de don Quijote es disparatada, cosa que no vemos. Ricardo Aguilera dice: "Don Quijote sabe que la exterioridad de su idea puede no responder a la realidad objetiva; mas salva a su persona implicando en este proceso a todos los demás. A él le conviene que la bacía de barbero sea el yelmo de Mambrino", en *Intención y silencio en el Quijote* (México: España Errante, 1970), p. 51. No es que le convenga que la bacía sea yelmo, es que el objeto que él ve es simplemente yelmo, porque ese es su deseo práctico.

²⁴ Joan Corominas, *op. cit.*, p. 615. Luis Andrés Murillo en su edición crítica del *Quijote* dice: "El almete era arma ligera y sólo cubría el casco de la cabeza", *op. cit.*, p. 254, no.13.

²⁵ Para Joaquín Casaldueiro este episodio es uno producto de reflejos y de cómo estos engañan a los sentidos, dándose por consiguiente un juego de palabras. En *Sentido y forma del Quijote* (Madrid: Insula, 1970), p. 114-116.

²⁶ Al decir de Spitzer "en los frecuentes debates (entre Don Quijote y Sancho, principalmente), que nunca llegan a una conclusión definitiva sobre la relativa superioridad de una palabra o frase", *op. cit.*, p. 135. Hablando de los diálogos y de las conversaciones en el *Quijote* dice Paul Hazard: "Elles continueront ainsi, tout au long des chemins et des jours, ces conversations délectables. Elles seront très diverses; elles traiteront tous les sujets, prendront tous les tons et toutes les cadences; elles iront du comique au Sérieux; elles

galeotes apedrearon a amo y escudero. Antes del incidente el comisario que lleva a los galeotes le dice a don Quijote, “enderécese ese bacín que trae en la cabeza”. Otra palabra para el objeto.²⁷ En este capítulo XXII uno de los galeotes “le quitó la bacía de la cabeza y dióle con ella tres o cuatro golpes en las espaldas y otro tantos en la tierra”. Este punto se retoma en el capítulo XXV cuando don Quijote le pregunta a Sancho “¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquél desgraciado le quiso hacer pedazos? Pero no pudo de donde se puede echar a ver la fineza de su temple”. Sancho algo molesto dice: “Porque quien oyere decir a vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino...” Ahora entendemos, el porqué del planteamiento de Sancho cuando inmediatamente añade: “La bacía yo la llevo en el costado toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa y hacerme la barba en ella”. La censura de Sancho no es pueril. Proyecta Sancho un propósito práctico con el objeto: de aquí que en este momento sostenga que es bacía. Se ha creado un estado de tensión que no se había producido antes. Ahora hay dos términos que se enfrentan, según la función que cumple para cada personaje. De aquí que don Quijote diga: “eso que a ti te parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa”. Hay un problema de objetividad y de poder de la palabra. (Nos parece que a tono con esto, podemos traer un caso que aparece en el capítulo II, de la primera parte: “no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo y en Andalucía llaman bacallao, y en otras partes curadillo y en otra trachuela”. Cuatro nombres para un mismo animal).²⁸ El lenguaje aparece como una entidad de signos arbitrarios, pero que responden a unas necesidades específicas.²⁹

arriveront jusqu'aux suprêmes sagesses: accompagnement continu, qui suit le chant, ou le contredit, ou le raille, mais toujours l'anime et le charge de sens. A quoi sert-il? ...Ces voix qui le font vibrer sans cesse viennent du fond des consciences; elles sont la confession des personnages, leur effort pour révéler les parties obscures de leur âme, pour sortir de leur solitude et pour se communiquer. Analysant leurs idées, mangeant leurs sentiments, reprenant un examen dix fois, vingt fois de suite, ils gagnent peu à peu du terrain sur l'inconnu, sur l'imprécis; ils n'arrivent à être tout à fait eux-mêmes qu'en s'exprimant, dans toute la force du terme; ils transforment une partie au moins de l'indicible en claires paroles; et nous les comprenons; et nous les voyons au plus intime de leur vérité particuliere. Ainsi les jeux brillants de l'imagination, qui nous se'duisent, d'abord, servent a purer le tourment psychologique qui est celui de l'humanité”, en *Don Quichotte de Cervantes*. (Paris: Librairie Mellottee, 1966), p. 71-72.

²⁷ Joan Corominas, señala que existe la palabra bacín emparentada con bacía, *op. cit.*, p. 78.

²⁸ En el capítulo LIII de la segunda parte de la novela el narrador dice: “Pensar que en esta vida las cosas han de durar siempre en un estado es pensar en lo escusado”. En la primera parte en el capítulo VIII don Quijote le ha dicho a Sancho: “Calla amigo, que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza”.

²⁹ Vid. F. Abad Nebot, *op. cit.*, p. 43. Helena Percas de Ponseti, *Cervantes y su concepto del arte, estudio crítico de algunos aspectos y episodios del Quijote*, (Madrid: Gredos, 1975), p. 105. Michel Foucault, *op. cit.*, p. 60. Leo Spitzer, *op. cit.*, p. 154. Bruno Frei, *op. cit.*, p. 9-12. Julia Kristeva, *op. cit.*, p. 34-45. Cabe aquí dar un ejemplo que nos parece significativo para entender el poder y la importancia de la lengua. Dicele don Quijote a Sancho: “**Eructar**, quiere decir **regoldar**, y éste es uno de los más torpes vocablos de la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al **regoldar** dice **eructar**, y a los **regueldos**, **eructaciones**; y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco; que

Reanúdase la polémica en torno al objeto en el capítulo XLIV. Éste constituye la cuarta etapa, la de la trascendencia mayor, pues es donde, por primera y única vez, aparece el término “baciyelmo”. Llega a la venta el barbero “a quien don Quijote quitó el yelmo de Mambrino y Sancho los aparejos del asno”. Observemos como el narrador cuando habla de don Quijote dice que lo que éste tomó del barbero fue el yelmo. El barbero reconoce a Sancho y demanda la devolución de su bacía y albarda. Don Quijote interviene diciendo: “Porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este bueno escudero, pues llama bacía a lo que fue, es y será, el yelmo de Mambrino, el cual se lo quité yo en buena guerra”. Y añade: “En lo de la albarda no me meto; que en lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar las jaeces del caballo deste vencido...”. Es natural que, primero, don Quijote siga viendo en el objeto su yelmo, y segundo, que diga albardas—por el barbero—y jaeces—por Sancho. En esa disputa no entra, pues él no ve ninguna necesidad o utilidad trascendental en ese nuevo objeto que reclaman barbero y escudero. Sancho, por su parte, ve en las albardas jaeces, pues responde a unas intenciones, a unos deseos. Pídele don Quijote a Sancho que busque el yelmo, para mostrárselo a los concurrentes de la venta tal como lo ganó. Sancho dice que es cierto lo que su amo asevera, y que en la aventura de los encadenados “si no fuera por este baciyelmo, no la pasara entonces muy bien”. Ha ocurrido una transformación dialéctica del objeto. En su desarrollo se ha elevado de su condición previa, pues ha dejado de ser bacía o yelmo y se ha convertido en una cosa nueva. Sancho rompe un impase: la nueva palabra tiene elementos de bacía y yelmo, pero es una cosa distinta, que por otro lado no invalida ni bacía ni yelmo, pero la ha superado.³⁰

En el capítulo XLV continúa el debate. El barbero amigo de don Quijote, con el pretexto de burlarse del otro barbero le dice: “esta pieza que está aquí adelante y que este buen señor tiene en las manos, no sólo es bacía de barbero,...; también digo que este yelmo, no es yelmo entero”. No creemos que sea una simple burla. El barbero está planteando un problema de relatividad y cobra vigencia no sólo por el nombre con que se designa el objeto, sino por la función que éste cumpla. El barbero (de la bacía) no entiende la postura del otro barbero y se queja: “Basta, si es que esta bacía es yelmo, también debe ser esta albarda jaez de caballo”. Don Quijote dice: “a mí albarda me parece”, debido a que no era de su interés esa pieza. Don Fernando y los demás presentes en la venta tratan de intervenir en la solución

el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.” (II, capítulo XLIII).

³⁰ Francisco Rodríguez Marín al referirse a baciyelmo cita a Cejador y Fracua, “llama Sancho a la bacía, baciyelmo, por constarle que lo era y por no desmentir a su amo, que afirmaba su yelmo”, *op. cit.*, T. IV, p. 167n. Es de notar cómo Amado Alonso no atiende a la creación de esa palabra por Sancho, en “Prevaricaciones idiomáticas de Sancho” en *NRFH*: II (1948), p. 1-20. Leo Spitzer dice que “con la creación de ‘baciyelmo’ se libera de las limitaciones del lenguaje”, *op. cit.*, p. 166. Lo cual es cierto, pero además, añadiríamos nosotros que se vale precisamente del lenguaje para superar esas limitaciones.

de la polémica del objeto. Uno de ellos dice: “que no me den a mí a entender cuantos hoy viven en el mundo al revés de que ésta no sea bacía de barbero y ésta albarda de asno”. “Bien podrá ser de borrica—dijo el cura”. La polémica nunca queda resuelta. En el capítulo XLVI se nos refiere cómo el cura le da al barbero cierta cantidad de dinero por su bacía, finiquitando el asunto.

A través de nueve capítulos nos hemos acercado a lo que engloba de una manera orgánica y procesal lo que desemboca en la creación del término “baciuelmo”. El mismo se halla sólidamente estructurado y enraizado en unas motivaciones concretas de los personajes. La no solución final, independientemente de la creación del neologismo, demuestra lo problemático del asunto. Que a nuestro entender no es un asunto de realidad versus fantasía,³¹ ni de don Quijote llenando su ego,³² o de una “actitud de juego”,³³ del símbolo del idealismo,³⁴ o de irrealidad,³⁵ de problema de interpretación,³⁶ de apariencia y realidad,³⁷ sino de que existen objetos en la realidad y de que su relación con el hombre no se establece por abstracción o por una vinculación lógica y sí por una relación dialéctica viva.

³¹ Discrepamos de que en el yelmo de Mambrino “se medite con sabrosa filosofía sobre el problema de la realidad-fantasía” como expone César Real de la Riva en “Comentario inicial: El Quijote obra de invención” en *Homenaje a Cervantes II* (Valencia: Mediterráneo, 1950), p. 307.

³² “His ego, frustrated by the fulling hammers, is prepared now to make up for this lack of heroism”, Margaret Church, *Don Quixote: the knight of La Mancha*, (New York: New York University Press, 1971), p. 26.

³³ A. Rosenblat, *op. cit.*, p. 198.

³⁴ “Le casque prend une signification exceptionnelle du chapitre 45, il devient un symbole d’idéalisme”, Etienne Burnet, “Cervantes l’inventeur” en *Don Quichotte, Cervantes et le XVI^e siècle*, (Tunis: Calypso, 1954), p. 102.

³⁵ “Vida hecha de baciuelmos, de irrealidades”, Helena Percas de Ponseti, *op. cit.*, p. 138. Octavio Paz dice: “En cambio, la duda del héroe novelesco sobre sí mismo también se proyecta sobre la realidad que la sustenta. ¿Son molinos o son gigantes lo que ven Don Quijote y Sancho? Ninguna de las dos posibilidades es la verdadera, parece decirnos Cervantes: son gigantes y son molinos. El realismo de la novela es una crítica de la realidad y hasta una sospecha de que sea tan irreal como los sueños de Don Quijote”, en “Ambigüedad de la novela” en *El arco y la lira* (México: Fondo de Cultura Económica, 1956), p. 223.

³⁶ Richard L. Predmore, *El mundo del Quijote* (Madrid: Insula, 1958), p. 15 y 95. Claudio Guillén, *op. cit.*, p. 350. Américo Castro señala: “...obsérvese como lo interesante no es si el yelmo es bacía o la bacía yelmo; el interés del escritor y el nuestro se concentran en la presencia y funcionamiento de la interpretación de A como B, o de B como A, perceptibles en los varios juicios de quienes formulan dichas interpretaciones...”, en “La palabra escrita y el Quijote” en *Hacia Cervantes*, (Madrid: Taurus, 1967), p. 362-363. Creemos no puede reducirse un término a otro. El objeto es A y a la vez es B al igual que será C, etc.

³⁷ Manuel Durán, *La ambigüedad en el Quijote* (México: Xalapa, 1960) p. 185. Helmut Hatzfeld: “Don Quijote, por su parte, sigue tratando la aparición (el cortejo fúnebre—I,19) como un cortejo de fantasmas y una misteriosa aventura de caballerías, hasta que su insensato ataque le trae la aclaración final. De modo semejante, por medio de una larga curva de espectación, que va de la impresión al hecho objetivo, se introduce la aventura de los carneros, vistos como ejércitos (I,18), y aquello de la brillante bacía de barbero, tomado por el yelmo de Mambrino (I,21)”, en *El Quijote como obra de arte del lenguaje*, (Madrid: Imprenta Aguirre, 1966), p. 99-100. Sostenemos, aquí, que no es válida la comparación y equivalencia expuesta por Hatzfeld. Don Quijote nunca niega su yelmo, ese es precisamente su hecho objetivo, la subjetividad con que él designa el objeto. También Francisco Ayala: “La invención del Quijote” en *Realidad*, Año I, Vol. II, no. 5 (1947), p. 199.

“Todo lo que tiene de real el objeto concebido, puesto que existe independientemente de la conciencia que lo concibe, lo tiene de subjetivo el concepto, dependiente de la voluntad del sujeto en que se forma”³⁸ y la realidad se torna en palabra al reaccionar el hombre ante ella y darle nombre. La relación entre la realidad y la palabra es inextricable; no es posible la una sin la otra.³⁹ Por medio de una serie de etapas, de acciones y reacciones, los personajes han caracterizado esta situación. La trascendencia de la palabra ha quedado ampliamente expuesta.⁴⁰

Los tres casos de palabras señalan hacia algo más que una artificial creación ficcionalizada. Definitivamente, el narrador, desde nuestra perspectiva, presentó una problemática que tenía unos motivos nacidos del momento histórico en el cual le tocó vivir y que fue activo ingrediente para su elaboración literaria.

Subrayamos la amplitud de las palabras creadas al ser éstas producto de la actividad de tres personajes distintos; al asumir el narrador una postura objetiva, al respetar la posición de cada uno de ellos. Todos los personajes disfrutaban de una independencia de acto y voluntad que posibilita su desvinculación de ciertas limitaciones, que al romperlas permiten surgir, por ejemplo, en lo que nos ocupa, nuevas palabras.⁴¹ Los personajes están insertos en un mundo y tratan de conocerlo y a su vez de expresarlo, apoderándose de él al designarlo. Sus motivaciones responden a unas necesidades particulares que en función de las mismas plantea la injerencia de los personajes por buscarle una salida que satisfaga sus deseos.

Las palabras—el lenguaje—aparecen como el medio por el cual los personajes se pueden realizar, al pensar en el mundo exterior y de la forma en que éste llega a transformarse en actividad verbal. Hay una tendencia a manifestar—en vez de probar—la dialéctica que se establece en el fenómeno de apoderarse de la realidad como un cuerpo de objetos, cosas y elementos, vivos y dinámicos en la que el hombre interviene sobre ellos, para darles su razón de ser. En palabras de Schlieben-Lange: “Toda sociedad tiene unos objetos concretos, que son importantes para ella, y desarrolla unas determinadas formas de interacción. De ahí que para cada lengua surjan determinadas necesidades de designar o nombrar la realidad”.⁴² Si la palabra en determinada situación es incapaz de nominar el referente que se

³⁸ Bruno Frei, *op. cit.*, p. 10.

³⁹ Frida Weber de Kurlat apunta: “y la bacía que creyó yelmo de Mambrino: ahora esta disgresión, al igual que la aventura siguiente (cap. 22 la de los forzados que llevan a galeras), tienen su punto de partida antes en la palabra que en un hecho material”. En “El arte cervantino en el capítulo XXI de la primera parte del *Quijote*” en *Studia Hispánica in Honorem R. Lapesa* (Madrid: Gredos, 1972), p. 573.

⁴⁰ En este punto no coincidimos con Edward C. Riley cuando dice: “El medio de que se (Don Quijote) sirve es la acción y, sólo secundariamente las palabras. En *Teoría de la novela en Cervantes* (Madrid: Taurus, 1971), p. 69.

⁴¹ Sentimos “En el estilo cervantino el tirón de la libertad. Se hace patente en todas las acciones y en casi todas las palabras.” Luis Rosales, *Cervantes y la libertad* (Madrid: Valer, 1959), p. 1-2.

⁴² Brigitte Schlieben-Lange, *op. cit.*, p. 15.

encuentra en la realidad, el hombre debe intervenir en la búsqueda de otra palabra, de una nueva palabra, referirse a esa nueva realidad que desea. Su utilización convertirá esa palabra en realidad, (porque acaso ¿no es cierto, que cuando vemos un caballo flaco y feo, decimos: “se parece a Rocinante”?).

Luis Cabrera Medina
Colegio Universitario de Cayey

LITERATURA HISPANOAMERICANA